

CASTRO, Ignacio: *Ética del desorden. Pánico y sentido en el curso del siglo*, Pre-textos, Valencia, 2017, 459p.

La tarea ética y estética es consumir la muerte en vida, beber tanto en su silencio que se pueda llegar a asumir lo inconcebible como el hueso mismo de vivir (p. 276).

Hay muchas frases rotundas en el libro que reseñamos de Ignacio Castro: *Ética del desorden*; consideramos que ésta nos puede dar quizá la cifra del mismo. Y nos aporta la clave pues nos abre a una tarea vital que reformula la historia y la geografía de la filosofía desde sus comienzos. Si la filosofía era un prepararse ante la muerte en boca de un Sócrates a punto de ingerir cicuta, Castro, quizá con un vino epicúreo en los labios, realiza una inversión necesaria: la tarea de esta ética del desorden, que es una estética, la tarea de nuestro tiempo es justo la reversa. Por supuesto, no es un excluir la muerte, es más bien, beber de ella en vida. Ser lo contrario de muertos vivientes, ser vivos murientes.

Ignacio Castro en su último libro propone una ética. Se trata de una ética en varios sentidos. Es algo obvio que esta ética no va a ir por el lado de una moral, es decir, por la vía de sancionar un orden frente a los demás. La ética que se esboza es del desorden, en genitivo objetivo y subjetivo: una ética que surge del desorden y que predica desorden frente a un recetario de conductas.

A la vez, su estilo, como estamos acostumbradas en el autor, está lleno de dictámenes, déicticos, consejos, caminos, etc. A veces parecería que se trata de un Séneca o un Marco Aurelio escribiendo a las amistades; pero ese modo de operar es completamente opuesto a elegir un orden en contra del desorden del mundo... pues de eso hay que poder beber y vivir. Se trata de una ética, como decía Deleuze, cercana a la etología: estudiar(nos)

*Recibido: 27/02/2018. Aceptado: 06/03/2018.*

como conjunto vivo de gestos, palabras, signos, comportamientos. Órdenes diversos. Analizar cuál es el ritmo mortífero de nuestro tiempo y proponer asumir el desorden y hasta el pánico de nuestra condición. También se trata de una ética a lo spinozista, tal y como Balibar la establece, como una política que no atiende al invento individual tan novedoso y pernicioso sino a cuidados en ritmos, espacios y tiempos comunes. Una ética que es, también si estudiamos el escrito en su amplitud, cercano a una metafísica o, incluso, a una *Summa*; no por la estructura sino por el alcance “total” que posee este libro que se sumerge, desde las horas del día hasta en el silencio de las circunstancias o la locuacidad de los silencios, pasando por los sentidos, el sentido, los cuerpos, el tiempo la meteorología o el oficio.

El texto es un recorrido, un paseo, una correspondencia con el siglo. Si este es un año de recuperación de fechas, homenajes y revisiones, Ignacio Castro lleva a cabo una muy profunda. Como si de los consejos y máximas de Séneca se tratara, el autor se introduce de lleno en gestos y estados de nuestra época y los escudriña desde una distancia. Si pudiéramos incluir a Castro en una corriente de pensamiento, sería aquella en el debate helenístico entre estoicos y epicúreos. A veces, su pensamiento se entrelaza con la distancia necesaria del huerto epicúreo, alejándose y alejándonos del bullicio de las ciudades para tomar la distancia serena que nos aduzca a pensar y vivir; como también ocurre en otros libros suyos como *Roxe de Sebes. Mil días en la montaña*. Otras veces, en la misma *Ética del desorden*, se interpone en los soportales de nuestras sociedades cual estoico o incluso un antiguo cínico: asiste al cine, a conciertos y los comenta interceptando la velocidad de los pensamientos en curso como en *La depresión informativa del sujeto o en su blog* (<http://www.ignaciocastrorey.com/>).

Esta referencia a la mejor tradición clásica le separa, según mi consideración, de su muy admirado Byung-Chul Han. En efecto, su intención de intervenir y pensar el presente al estilo y fondo foucaultiano es común, pero en la metodología ambos pensadores difieren mucho. Si el modo de pensar de Han es superador de filosofías, con un regustillo algo belicoso a Carl Schmitt, las maneras de Castro dibujan un entorno más helenístico. Nuestro pensador sugiere, pasea, indica, critica y se acompaña de muchos, y muchas, buenos pensadores en un largo camino. Ello no quita un ápice de rigor o incidencia en su intervención, mas podríase notar cierto gusto del pensar y cierta acogida en un modo de vida meditabundo más que una mera crítica que no sabemos si sigue haciéndole el juego al modo de vida neoliberal e individualista.

Tenemos la obligación política, ética y vital, de conciliar la vida común con una existencia que está en cada caso *aconsejada* en secreto por una percepción que carece de modelos. La vida siempre irrumpe por fuera, exigiendo ser transformada en tarea, en forma, el lenguaje. Nuestra política actual de desarraigo perceptivo y subjetivo, la liberación del individuo de su comunidad natal no elegida —patología personal, familiar, lengua materna, cultura y nación— en nombre de una posterior *reterritorialización* en las identidades públicas reconocidas, es una política perversa, profundamente autoritaria. La oferta sociocultural de hacerse cargo del miedo de cada cual, su sombra y su dolor, es una oferta envenenada. Cada ser humano necesita *su* dolor y su miedo, experimentar los límites de su condición mortal. No tiene otro suelo, otra propiedad, otra herencia de la que partir. Necesitamos bajar al fondo de nuestra singularidad sin equivalencia como único modo de fortalecernos y sobrevivir a una vida siempre *injusta*, en principio, pues no ha sido elegida y está prometida a la contingencia. (p. 145).

No obstante todo lo dicho, en lo que no puedo sino concordar y armonizar con Ignacio Castro, en sus textos, y en éste en particular, siempre encuentro un problema crucial. Castro camina, habla, está inmerso en el presente, clama por la contingencia, por el desorden de los planes nunca anticipados ni designados, por pasados determinados, por futuros que forjarse... y, sin embargo, en lugar de encontrar un lugar en el mundo, en los diversos mundos que habita, encuentra en la trascendencia el único lugar. Lector incansable de Deleuze, siempre añade un “suplemento” derridiano, o badiouiano o idealista a su criterio. Quizá el misticismo es una línea por la cual transita y por ello se acerca tanto al primer Wittgenstein del *Tractatus*.

Así, por ejemplo, llega a apuntar hasta un “Plano de inmanencia trascendente” intentando aunar materialismo e idealismo en lo menor (p. 24), acercándose a la transgresión más bataillana o denunciando como una “furia de la inmanencia” el no creer o dar la espalda a la muerte (p. 278). Consideramos, desde un punto de vista deleuziano, nietzscheano, spinozista y de las filosofías inmanentistas, las cuáles son bien conocidas por Castro, que no hay experimentación o experiencia más inmanente y materialista que la muerte, entre otras cosas. También una determinada contingencia lo es, aquella que no es absoluta y guarda memorias y trazos de necesidad, al modo del materialismo aleatorio althusseriano. Todos estos ámbitos no necesitan de una trascendencia para tener pleno sentido (en límite con el sinsentido, también inmanente y relacional, nunca trascendente). ¿Por qué un paseo, una vida, los signos o el sentido necesitarían una trascendencia? ¿No estaría en desacuerdo con una ética del desorden apelar a un sentido más alto, separado y alejado, sin relación alguna con lo que hay, que ya es bastante? ¿Qué aporta la trascendencia a una ética que no busca un patrón (en los dos sentidos de dicha palabra)? ¿Qué aporta a “nuestra singularidad sin equivalencia”?

Algunas veces pensamos que el término se aplica a la exterioridad. La exterioridad no tiene, sin embargo, que estar separada y absuelta, puede ser aquello exterior pegado a lo interior evitando así cualquier dicotomía como en la “extimidad” lacaniana o el “pliegue” deleuziano. Pero, una y otra vez, Castro nos lanza a la trascendencia, una inefable y mística siempre cercana a Wittgenstein:

Es posible, sin embargo, en la resistencia de Nietzsche a cualquier clase de trascendencia, incluso desértica o vacía, hayan facilitado su locura. Quizás su tormento tiene algo todavía de excesivamente *moderno* al costarle aceptar que lo sensible es una trascendencia encarnada, inmanente, y que el eje del mundo late fuera del mundo (*Tractatus*, 6.41). (p. 165).

Curiosa cuestión que no pueda desligar finalmente la trascendencia de la inmanencia en una disputa y tensión eternas. Una tensión que le conduce al idealismo donde la trascendencia ha de encarnarse y siempre viene de fuera. ¿No es ya carne el lógos mismo? ¿No tendría que explicar la trascendencia la existencia y modos de ser de todo lo que hay al modo creacionista en lugar de partir de lo que hay mismo y sus virtualidades, fisuras, afueras, etc.?

Aquí pues, con estas preguntas y este debate con Ignacio Castro, presentamos con él una *ética del desorden*; entre el pánico y el sentido. Quizá el pánico de la inmanencia y el sentido de una necesaria trascendencia. Una obra que enlaza tales cuestiones que parecieran cuasi-escolásticas con nuestro más inmediato día a día. Una nueva herramienta para orientarse en el vivir, intentado perderse por sendas no sabemos si perdidas, desérticas o encontradas. En todo caso, muy dignas de ser recorridas en y entre sus renglones.

Amanda Núñez García